

ABDON VIVAS TERAN

Yo debo exponer en primer lugar, de una manera breve, lo que me parece a mí han sido las raíces históricas, las tendencias que a partir de ellas se forjan posteriormente en el seno de la Democracia Cristiana venezolana. Inmediatamente haré un sucinto balance sobre el grado de evolución del modelo de Democracia formal en el cual actualmente están marcando básicamente el desarrollo económico-social del país y posteriormente, trataré de precisar y discutir la posibilidad de que un proyecto histórico nuevo que dimane de la posibilidad del entendimiento social de diferentes funciones políticas ideológicas, pueda tener lugar en Venezuela. Analizaré allí, dentro del tiempo de que disponemos, lo que pudieren ser los elementos cruciales de discusión respecto a este tema, una estrategia de implementación y algunas conclusiones finales.

Veamos en primer lugar que el pensamiento social cristiano en Venezuela surgió como expresión política concreta en el año 1946. Fue el resultado de un proceso de maduración ideológica y al mismo tiempo, de un proceso de reacción frente a una situación política, especialmente frente a una acción de gobierno que no parecía contar con el apoyo específico de aquellas tendencias ideológicas que gestaron en su partida el movimiento.

Para aquel año debemos recordar que ya había hecho su aparición una de las últimas oleadas de la fuente de inspiración del pensamiento cristiano que estaba constituida por las aportaciones de pensadores contemporáneos más los documentos sociales pontificios. En esa fuente específicamente, sin volver a otras fuentes más antiguas y más primigenias es en donde va a elevar su pensamiento el grupo social minoritario que forma la base de acción de la Democracia Cristiana Venezolana en sus inicios.

Paralelamente esta sintonía ideológica es aumentada por un hecho político evidente. En Venezuela se inicia entonces un profundo proceso de Democratización signado por un movimiento social demócrata que para entonces se podía decir ubicado —si es que esta expresión tiene un sentido más allá de la facilidad que nos brinda para el entendimiento semántico— en la izquierda de la gama de posibilidades social-demócratas. Este enfrentamiento originó la necesaria potenciación, profundización y los organismos de organizaciones propaganda, que junto al aliento renovador y místico que las ideas otorgaban, fueron haciendo posible que aquella pequeña célula inicial formada básicamente por jóvenes universitarios y algunos representantes de



la alta clase media, se fuera extendiendo por toda la nación por sus diferentes estratos. Este proceso —como me parece a mí— es analizable a lo largo de los próximos veinte años, se convierte en esas dos décadas en un vasto movimiento de naturaleza social multclasista. Copei deriva de un origen social, específicamente ubicado en algunos sectores, repito jóvenes de la clase media alta, y se convierte en las dos décadas siguientes por diferentes razones que no me parecen posible analizar ahora, en un vasto movimiento de naturaleza social. Copei o la Democracia Cristiana, mejor aún, representa dos décadas después de su fundación algo totalmente distinto a lo que era al comienzo, un movimiento integrado multclasistamente y un movimiento integrado nacionalmente. Los dos aspectos son interesantes. Regionalmente el Movimiento Social Cristiano es una expresión importante en todos los sitios del país y socialmente, también lo ha llegado a ser. Ciertamente que, el que un partido como la Democracia Cristiana, que en cualquier circunstancia es un partido que ha venido madurando en una posición reformista que pudiera llegar a profundizarse, no puede menos que destacarse brevemente este importantísimo hecho histórico en la vida del partido. El que sea un movimiento socialmente integrado con representaciones muy importantes de las clases medias, de las clases populares, de los sectores marginales del país, de sus intelectuales, de sus sectores de creación artística e intelectual, no quiere decir que sea un partido que definitivamente sienta su interés básico, el motor de su actividad identificado, con todos los intereses de los sectores populares, más bien sigue siendo hoy una especie de vasta alianza social de clases, en la cual los intereses de una y otra privan, según sean las inclinaciones básicas del momento político o de las funciones ideológicas de sus líderes o la fortaleza del movimiento social interno. Ciertamente que estas características policlasistas, multclasistas mejor, de un partido como Copei, parecen ser que también es una identificación general de Acción Democrática y de alguna manera empieza a ser —no emito juicio de hasta dónde va a llegar este proceso y sobre todo, si realmente va a haber una identificación de intereses mucho más clara en el caso del Movimiento al Socialismo en Venezuela—. Es importante al mismo tiempo destacar que esta tendencia histórica hacia la heterogeneización del partido social cristiano en Venezuela va acompañada por un largo proceso de definición y de clarificación en el plano

político e ideológico. Al menos yo no tengo alguna duda, aunque es una tarea que definitivamente habrá que apreciar si culmina con éxito en un lapso histórico un tanto más prolongado, al menos repito, yo no tengo duda alguna de que el esquema ideológico de la Democracia Cristiana en Venezuela ha venido sufriendo un proceso de perfeccionamiento gradual.

Los que aquí estamos, que tenemos interés en el Análisis de la Problemática Política, sabemos como los movimientos social cristianos en el mundo, son desde todo punto de vista, complejos, en relación a sus definiciones políticas e ideológicas; pareciera casi imposible seguir un hilo conductor general que nos identifique en las distintas expresiones del pensamiento social cristiano en el campo político a nivel internacional.

En el planteamiento que se refiere al estricto caso de Venezuela, creo por el contrario, que el partido se ha venido encaminando desde una posición ideológica que irreductiblemente vería sus fuentes en la "Rerum Novarum" en la "Quadragesima Anno", con todas las connotaciones que ésto involucra en relación a sus concepciones de la propiedad, del Estado, el ingreso, el trabajo, etc., ha sido una posición de mucha mayor sintonía y aliento histórico. No es que este debate haya concluido y que el proceso de clarificación haya terminado. Todavía hoy formalmente la plataforma programática y la declaración de principios del partido continúa siendo exactamente la misma, pero en el plano de su estructura social íntima, se gestan día tras día poderosas corrientes encontradas que tienden a darle al cristianismo venezolano una fisonomía muy propia y muy particular. Veremos posteriormente hacia dónde apunta esta fisonomía, cosa que a mí me parece un importante punto eventualmente posible de convergencias históricas.

Me interesa brevisamente examinar la segunda parte del esquema que establecí al comienzo. El partido social cristiano ha sido uno de los que ha contribuido junto con Acción Democrática, junto con otras fuerzas ubicadas en la izquierda marxista, a la consolidación de la Estructura Democrática del país. Yo tengo tendencia a coincidir en que el análisis histórico de la formación social de la Democracia Venezolana hay que encontrarla en que Bruni Celli señala como "la conciliación de élites

y de clases". En efecto, eso fue lo que ocurrió en el año 1958 posteriormente a la caída del gobierno dictatorial de Pérez Jiménez.

Sobre este marco social, sobre esta plataforma se va creando el desarrollo de los 23 años de la vida democrática formal que tiene el país. Ciertamente que sería absurdo pretender negar radicalmente al menos, las contribuciones que la experiencia democrática ha dado al desarrollo económico y social, político y cultural de la nación. Por de pronto la vigencia de un estado de libertades que garantice la expresión pluralista, ya sea en lo social, en lo ideológico, en lo político o en lo cultural, pueda ser una conquista nacional del pueblo, que difícilmente ningún otro proyecto histórico que quiera enmarcarse en una situación democrática y de defensa de la persona, pueda desconocer. Ciertamente que la Democracia además de esta importante contribución, ha establecido algunas tendencias cuya potenciación y cuyo vigorizamiento pudiera ser armoniosamente incorporados en un nuevo esquema de superior desarrollo político de la Nación Venezolana.

26 Dentro de esas tendencias, me refiero, al sentido de que el desarrollo económico-social debe tener básicamente un sentido social, de que hay un orden de derecho y de deberes que debe ser especialmente reconocido y de que las expresiones de las distintas voluntades de los ciudadanos, se pueden encausar a través de órganos legítimamente constituidos, cuyos fines son aceptados por todos y sobre los cuales el Estado —considerado como realidad histórica y no sólo como concepto abstracto—, no tiene posibilidad de intervenir sino de reglamentar y de condicionar.

Estos logros democráticos son en mi criterio, todos ellos básicos, pero al mismo tiempo hay una contrapartida, un balance negativo, que en una posición como ésta, nadie puede dejar de desconocer. Frente a los logros se alzan básicamente algunas observaciones de naturaleza muy profunda todas ellas. En primer lugar, la distorsión en el plano de los valores y de su jerarquía, que nuestro Orden Democrático formal continúa fomentando —diría yo— otros pudieran decir no desarrollando. Ciertamente que en nuestra sociedad, todas aquellas tendencias alienantes del esquema de desarrollo del sistema capitalista, siguen siendo potenciadas, particularmente en el orden económico, continúa-sele privando al hombre de la responsabilidad moral sobre sus actos productivos; en el orden cultural, los esquemas de penetración y de adscripción extranjera de valores son más evidentes cada día;

en el esquema del desarrollo social tenemos una sociedad atomizada, individualizada, que se niega a sí misma la posibilidad de organizar al pueblo en tareas básicas de transformación; en el plano de la política existen importantes factores alienantes, dentro de los cuales nuestros propios partidos políticos son un factor de primera magnitud.

No es una exageración afirmar que nuestros partidos, que en alguna época fueron motor central del estímulo al proceso democrático, pueden comenzar a estar convirtiéndose hoy en elementos que pudieran detener ese proceso derivado al juego interno de la oligarquía política que en cada uno de los movimientos organizados partidistas venezolanos se ha ido gestando. La partidocracia puede estar comenzando a sustituir a un intento democrático, incluso formal, y ésto en mi opinión al menos, es una característica impropia de un orden democrático que aliena la voluntad del hombre o de las organizaciones, y que coloca el poder en general en las manos de una cúpula que pretende sustituir a todo tipo de sesiones: sociales, culturales, deportivas y de cualquier naturaleza en el esquema venezolano.

Por último, evidentemente, nuestro orden democrático no ha podido superar —yo diría que no es nada extraño, sino que es una característica esencial del sistema—, el reto de la distribución más igualitaria del ingreso, de la riqueza, pero también de la cultura, también de la dignidad, también del poder en Venezuela, y además de estas características esenciales, todavía añadiría otra en la lista negativa de las situaciones que no ha podido superar nuestro orden democrático o formal. Es el hecho de que la evolución social se ha acelerado en Venezuela en los últimos años a ritmos realmente impresionantes, parece que esa evolución no es percibida por la capa dirigenzial política del país, yo me atrevería a señalar que incluso ni siquiera por la sindical y en algunos casos ni siquiera por la intelectual, que hace que importantes retos que están presentes hoy, pudieran no ser resueltos por esta Democracia formal en sus estructuras políticas, económicas, sociales y culturales.

Retos como el de lograr la participación popular en decisiones que afecten los destinos de cada uno, el superar el problema urgente y creciente de la marginalidad, el luchar exitosamente contra un fenómeno específico como es la inflación, pero que tiene hondas raíces sociales y psicológicas, el garantizar un ritmo más adecuado en el crecimiento de las magnitudes del desarrollo, pero que las combine con una mejor armonización en la satisfacción de

necesidades humanas reales y no estimuladas a través de las vías de los medios de comunicación social o de los mil mecanismos que el sistema introduce. El reto de una integración subregional y latinoamericana mucho más fuerte parecen que no pueden ser respondidas por este sistema.

Pues bien, en este orden de cosas, es en el cual me interesa inscribir la problemática interna de la Democracia Cristiana Venezolana. El Partido Social Cristiano aún ejerciendo el poder en esta oportunidad y en la anterior, no podrá en mi criterio, darle un sentido definitivamente histórico a sus hechos, si es que no define y conjuntamente participa, probablemente con otras fuerzas políticas, en la definición de un vasto proyecto histórico que pudiera crear en Venezuela una sociedad de signo distinto. Ciertamente que esto parece que tiene sus nutrientes en algunos profundos procesos que en la trama social se adelantan y que quiero señalar brevemente.

Creo que el pensamiento marxista ha hecho aportaciones sumamente importantes en el desarrollo de la Ciencia, de la Sociología, de la Cultura, de la Economía, de la Antropología; pienso que tiene una importante potencialidad transformadora probado que sea capaz de sostener la defensa integral del área subjetiva y creadora de la persona humana. Creo que este proceso se está desarrollando aceleradamente, en aquellos sectores políticos que adscriben al marxismo en esta dirección. Al mismo tiempo afirmo, que en el pensamiento cristiano ha habido un proceso similar históricamente, alejándose de la abstracción y de los entes perfeccionados por la razón, el pensamiento cristiano ha retomado su esencia básica que es, nutrirse de la problemática social aun cuando está adscrito a verdades permanentes y puede ser hoy una importantísima contribución al desarrollo económico y social, cultural y político sobre otras nuevas dimensiones. Esto es particularmente cierto en América Latina y tengo la impresión de que es cada vez más cierto en el seno íntimo de Copei.

Por otra parte, existe la maduración de fuerzas sociales, protagónicas y estelares del proceso. El surgimiento de un fuerte poder social en nuestros sectores de trabajo que abandona el problema de reivindicacionismo y que se abra al problema de que al mismo tiempo se puede combinar aquél con la lucha más profundamente transformadora, es otro de los elementos que a mí me traen a expresar la seguridad de que no es ilógico pensar que en Venezuela podamos avanzar en las próximas décadas en un proyecto histórico diferente.

Ahora bien, yo quiero señalar brevisísimamente, lo que en el criterio de algunos militantes social cristianos como yo, son las notas básicas de ese proyecto histórico. Yo creo que ese proyecto debe ser, por una parte pluralista, entendido como lo entendemos normalmente en la actividad política nacional, pero también más profundamente: pluralista en el sentido de que garantice la posibilidad múltiple de expresiones políticas organizadas; pluralista en que permita y estimule la misma expresión en el campo ideológico; pluralista en que permita una formación compleja en su estructura económica —este es un tema muy difícil, yo diría, complejo, que valdría la pena profundizar posteriormente—, me refiero simplemente al hecho de que habría que establecer una etapa de transición para pasar de una economía capitalista a una economía diferente sobre bases autogestionarias que llevarían el proceso de una estructura compleja, con preeminencia del sector capitalista, a una estructura también compleja, pero con preeminencia de los sectores autogestionarios y con relativa o nula participación hacia el final, de aquellas formas de medios productivos que involucren la explotación del hombre por el hombre. Al mismo tiempo debe ser un proyecto histórico construido sobre la idea de la solidaridad. La solidaridad es el clima moral, es el elemento afectivo de un nuevo orden, según el cual nos sentimos coparticipantes en la construcción de una sociedad mejor, aún reconociendo las evidentes diferencias que podamos tener en el plano político, humano e ideológico; y por último, esta sociedad debe ser una sociedad participativa en el sentido de que los esquemas básicos a aplicarse en el campo social, político, económico y cultural, broten de la base misma popular.

Nuestro país tropieza con un cuadro concreto de realidades. A nivel de América Latina, brevisísimamente debo definir cuatro problemas básicos que vamos a tropezar: Primer Problema: El problema de la dependencia imperialista en el plano cultural, político, económico y militar; Segundo: El problema en general en América Latina de las oligarquías que se autoperpetúan y se justifican en el poder, y esto es cierto por supuesto, más cierto en tanto más dictatorial sea el sistema de gobierno, pero también es cierto en las pocas Democracias formales que todavía subsisten en nuestro Continente Latinoamericano, como es el caso de Venezuela, en el cual no puede negarse validez a la tesis, de que la expresión política del poder del Estado tiene un importante componente de elementos oligárquicos que provienen con su influencia, de los sectores económicos y sociales de la población; Otra característica que me parece relevante en el plano latinoamericano: Es la desintegración social típica

en que la estructura del capitalismo dependiente y subdesarrollado coloca nuestras sociedades, no hay organización porque el sistema no la estimula porque es contraria a sus propios intereses, de tal manera que el pueblo, excepción hecha de algunos intentos de organización básicamente a nivel sindical, no tiene otra forma de expresarse organizada, al mismo tiempo debo señalar el conjunto de dos factores adicionales: El primero, la presencia de un estado general de pobreza y miseria, caracterizado por falta de educación, analfabetismo, falta de salud y asistencia social, injusta distribución del ingreso, de la propiedad, de las riquezas, etc.; y por último, un esquema de participación que no existe en América Latina los mecanismos de participación son prácticamente inexistentes para el nivel cultural.

Estos cuadros latinoamericanos hay que inscribirlos en la realidad venezolana. Cuando hablamos de un proyecto histórico, aun cuando sea de forma tan apretada como lo he hecho hoy acá, hay que concebir al mismo tiempo una estrategia de implementación. La primera cosa de los estrategias que pretendan implementar ese sistema, darse cuenta de nuestros propios obstáculos que están hoy inmersos en la estructura económica, social, política y cultural del país; obstáculos que no son insuperables, justamente están allí para ser superados, pero que cualquier movimiento político que se precie, debe tomarlos en cuenta al inicio de una estrategia que como la que propongo, pueda llevar un cambio social más profundo.

Yo los señalo rápidamente porque yo sé que el tiempo se me está acabando. En primer lugar, en el campo político, los voy a enumerar: Ausencia de la organización social del pueblo; ineficiencia de la maquinaria administrativa del Estado, que no va a ser cambiada por un proceso revolucionario de un día para el otro, y los partidos cuya organización e ideología y estructuras del poder, en muchos casos se convierten como ya vimos, en obstáculos a la creación de un proyecto histórico. En el campo cultural, me parece a mí, a quien les habla, que la cultura no puede ser concebida como en el viejo esquema marxista, de una mera superestructura expresión de las fuerzas del modo de producción de la sociedad, sino que la cultura es algo esencial, inherente al hombre que adquiere una motivación importante, básica y definitiva, por eso me interesa señalar los obstáculos culturales que en mi modesta opinión, pueden ser uno de los más peligrosos de salvar en este proceso de crear un nuevo orden, obstáculos culturales que a su vez no puedo negarlo, dimanan una buena parte de su poder de las actuales estructuras de organización. Veamos el problema de nuestro Sistema de Educa-

ción y de los valores que se imprimen en ella; veamos en segundo lugar el sentido escaso de solidaridad que se ha gestado en la Democracia Venezolana; veamos en tercer lugar la concepción limitada que tenemos del marco temporal e histórico, según la cual nos agotamos en el inmediatismo y no producimos en el largo plazo. La concepción que me parece a mí muy importante, de falta de hábitos disciplinados de trabajo, que reivindicuen el trabajo no sólo en el plano de la reivindicación material que les corresponde, sino que eleven su dignidad al mecanismo de autorealización más importante que tiene el hombre y por consiguiente de construcción de una civilización. Resulta que si el capitalismo venezolano por algo ha fallado, es básicamente por el hecho de los hábitos de trabajo que ha implantado en el país son totalmente contrarios a la expresión de lo que se requeriría en un proyecto histórico. Todavía debo señalar la baja capacidad de preparación, de propensión a la racionalidad y la baja capacidad de aprovechamiento de la experiencia; y todavía uno o dos más muy importantes: baja capacidad — como diría yo — de espera por la gratificación. Yo creo que quienes aspiren a participar revolucionariamente en el desarrollo del nuevo orden social, sean profesionales, estudiantes, trabajadores, que es en donde se va a gestar y a potenciar este proceso, tienen que tener clara la idea de que la revolución no va a producir una recompensa material inmediata como se espera hoy en nuestro país de cualquier proceso que se inicia.

Termino entonces un minuto para decir, que aparte de estos obstáculos sociales, políticos, culturales, debe producirse una estrategia. Yo simplemente quisiera citar las fases de esa estrategia. Tenemos que tener conciencia de la superioridad de un proyecto histórico sobre el capitalismo, tenemos que tener al mismo tiempo conciencia de que es necesario crear una ancha base de poder político y social; al mismo tiempo un grado elevado de consenso que no significa autonomía; al mismo tiempo la decisión política que depende de la exclusión ideológica, de que hay que llevar adelante el proceso de cambio.

Pues bien mis queridísimos amigos del presidium, mis queridísimos amigos de este importantísimo foro, yo pienso que justamente en esta dimensión, no sólo en la histórica de la construcción y desarrollo de la Democracia Venezolana con todas sus complejidades, éxitos y deficiencias, sino en la creación del proyecto histórico futuro, la Democracia Venezolana tiene posiblemente una de sus más importantes perspectivas.